

LA CONFESIÓN DE ALMA

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA

Presentación, edición y notas

Roberto Sánchez Sánchez

Viernes... día de ahorcado. Pero aquel viernes, 5 de febrero, nos despachamos con el cucharón. A nombre de las leyes del Estado, habíamos mandado al cadalso a cuatro víctimas: un verdadero festín de carne humana. La vindicta pública debió sentirse ahí; nosotros lo estábamos también, ¡pues, ya lo creo! Largas crónicas, abundantes ilustraciones, mucho teje maneje reporteril y luego una tirada fabulosa: la mar de periódicos. Aunque he de decirlo sin que me quede nada dentro: no eran los infelices sacrificados los que nos daban contingente aquel día; los crímenes que les costaba la existencia habían sido explotados a su debido tiempo, algunos de los cuales dieron tanto que decir cuando andaba el cuento por la Corte, que nada nos quedó por desmenuzar el día de la ejecución. Uno, sin embargo, estaba bastante fresquito y nuevo, y aún se le podía sacar jugo.

Era este caso el de un pescador griego que, enamorado de su esposa hasta la locura, le había disparado dos tiros a boca de jarro, al punto que ella acababa de pedir divorcio para casarse con su amante y, valiéndose de testigos falsos, acusaba al marido de cruel. La desdichada había caído redonda en medio del arroyo de donde nunca debería haber salido; y el futuro cónyuge, que al pronto no alcanzó a ver de qué medios se servía la Divina Providencia para protegerle, entregó el delincuente a la justicia.

Acabada la labor periodística del día, pasé la mirada por mi libro de memorias: “Representación de *Julius Caesar* en el Baldwin, por la Compañía Wardes y James,<sup>1</sup> primera función de la temporada; concierto en el Metropolitan Hall, con estreno de artistas

---

<sup>1</sup> La tragedia de William Shakespeare (1564-1616), *Julius Caesar* (1599), recrea la conspiración de Marco Bruto y Casio en contra del dictador romano; fue llevada a escena, en su versión norteamericana, por la compañía teatral de Wardes y James en el San Francisco's Baldwin Theatre, en la temporada invernal de 1895. Por cierto que en este escenario (1896) se presentó Isadora Duncan (1878-1927). Véase <[http://www.sfcityguides.org/public\\_guidelines.html?article=287&submitted=TRUE](http://www.sfcityguides.org/public_guidelines.html?article=287&submitted=TRUE)>. Laura Méndez e Isadora se reencontraron una década después en Berlín. Así, en varias crónicas de viaje escritas por Laura y publicadas en *El Imparcial* (1907-1909) apreció la innovación coreográfica de la bailarina.

laureados en academias particulares” y música plagiada con arreglo a las leyes de los Estados Unidos: la romanza de *Martha*, *La flor* y un vals de Juventino Rosas que a la sazón andaban de teatro en teatro cubiertas por una firma norteamericana.<sup>2</sup> Repasando el *memorandum* hasta el fin, hallé esta línea: “Recepción ordinaria en casa de la señora de Stevenson”. ¿Para qué era saber más?

Llegué allí cuando estaban al caer las nueve de la noche. En el centro, todavía los chiquillos ofrecían por un níquel la correspondencia del tranvía y la novena edición de un diario de la tarde con *All about the execution*, es decir, la descripción menuda de nuestro salvaje atracón de la mañana.

El viento del sudoeste barría la ciudad de abajo arriba y arremolinaba a mis pies hojas secas y basuras que chirriaban, anunciando un temporal próximo y violento.

La luna se ahogaba entre la bruma y parecía surgir trabajosamente del fondo del mar desvanecido, en medio del cual, brillaban débilmente las luces de los vapores anclados, y como en segundo término las de los pueblos que bordeaban las costas vecinas. En mitad de la bahía, como un fantasma lúgubre, alzábase el Monte Diablo; escueto y solitario peñón donde suelen posarse las gaviotas. Buen rato llevaban las nubes de estar arremolinándose sobre las mesetas del lomerío, hasta que por fin acabaron por borrar en el cielo, la luna; en el horizonte el mar y a mi alrededor, la ciudad entera con las torres góticas de sus iglesias

---

<sup>2</sup> La ópera *Martha* (1847) de Friedrich von Flotow (1812-1883) se representó en la ciudad de México en 1860-1861, por las hermanas Inés y Fanny Natali, integrantes de la Compañía de la Steffennone. Véase Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, vol. I, México, Porrúa, 1961, p. 665.

Juventino Rosas se inscribió en el Conservatorio Nacional de México en 1885, es autor de piezas musicales relevantes, desde luego *Sobre las olas* (1887), a la que sin duda alude la autora <<http://www.youtube.com/watch?v=-Ims5p-LjV0&feature=fvuw>>. “*Sobre las olas*, [originalmente *A la orilla del sauz*, y luego *Junto al manantial*], vals compuesto por Juventino Rosas entre 1885 y 1887, dedicado a su benefactora doña Calixto Gutiérrez de Alfaro, fue vendido por su autor a la casa editorial Wagner y Levien, junto con el chotis *Lazos de amor*, en la cantidad de cuarenta y cinco pesos, el 7 de febrero de 1888”. Véase Elvira López Aparicio, nota 6 al texto “Juventino Rosas”, en Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras VIII, Teatro VI*, México, Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 400.

cristianas y los dombos bizantinos de sus magníficas sinagogas. Hacía frío húmedo, y la atmósfera pesaba sobre mi ánimo rebajado por el recuerdo del cuádruple homicidio que no me había sido posible apartar de la memoria, teniendo en imposible tensión mis nervios todos.

Compadezco a los que no hayan asistido a los “viernes” de la señora de Stevenson, mujer incomparable por su hermosura y su talento, y distinguida por su gusto exquisito y su elegancia. Más de una vez he adivinado una promesa en sus ojos negros que centellean bajo los arcos triunfales de sus cejas de hebrea, un tanto respingaditas hacia las sienes; y en su busto airoso y su cabeza erguida y morena he creído ver a aquella judía por cuya mano sacrificó Jacob catorce años de libertad.

La señora de Stevenson era judía de raza, de religión y de costumbres. Su doctrina era amar lo justo, hacer lo bueno y no desear al prójimo más que lo que para ella misma hubiera deseado; de ahí que en su salón ni se daba cabida al chismorreo femenino ni se compadecía al vecino arrancándole a tiras el honor y el pellejo. La sencillez artística de la señora de Stevenson era más bien en ella un símbolo de la verdadera mujer israelita.

A mi llegada, la adorable señora me presentó a las personas que eran para mí desconocidas en la reunión: dos recién admitidos a los “viernes”, que voy a presentar a los que por estas líneas pasaren su curiosa mirada.

Uno de ellos, *mister* H. J. Chapell, era un viejo verde a quien de vista y de oídas había yo conocido en parajes que no viene a cuento nombrar aquí; y la otra, la señorita Bertha Wilson, solterona de treinta y cinco, seca, desgarbada, bonita de facciones, aunque algo bizca del ojo izquierdo. Gastaba espejuelos de varilla dorada; sombrero y camisa de hombre con chaleco y corbata de *idem* en los días lluviosos; pero en los plácidos y asoleados, solía llevar una boina con plumas de gallo puestas al sesgo; y sólo en ocasiones

muy solemnes, usaba prendas de vestir de corte elegante y propias de su sexo. Deleitaba *miss* Wilson por su instrucción, y la claridad de su inteligencia le permitía discernir sobre cualquier asunto por intrincado que fuese.

No hacía ella ascos a discusión alguna, pues de todas sabía salir siempre pavoneándose y con la frente ceñida del laurel del talento. Estas victorias continuas halagaban su amor propio femenino y la orillaban, a menudo, a promover cuestiones arduas donde lucirse; porque, palabra que ella estaba bien segura de lucirse sacando todo el partido que le era dable de una sociedad como la nuestra, en la que un hermoso perro o un caballo de alzada son tenidos como cosa de más valía que una mujer bella y de corazón bien puesto.

La concurrencia no era mucha ni estable: desocupábanse los asientos con frecuencia para ser de nuevo invadidos por gente recién llegada; no cesaba la campanilla en su repiqueteo estridente que nos alteraba los nervios, ni la moza francesa, guapa y bonita, con delantal blanco y toquilla de encajes rizados, que estaba de guardia en el vestíbulo, dejaba de acarrear en azafate dorado, tarjetas anunciando a la señora de la casa los nombres, categorías y empleos de cada una de las visitas.

El ajetreo de entrantes y salientes nos obligaba a los íntimos a compartir con el ama la tarea de los honores; sin que pudiéramos meter baza en cierta conversación amena y sabrosa con que la señorita Wilson entretenía a unas cuantas personas, en un rincón del estrado, donde los leños que crujían en la chimenea, echaban rojizos resplandores, dibujando sobre los arabescos de la alfombra siluetas temblorosas e informes.

Con cada uno de los que llegaban, había que hablar por turno de las calamidades que se nos habían echado encima: la invasión de los chinos que nos tenía arruinados, la amenaza de que los japoneses nos arrebataran el pan de la boca apoderándose de las

industrias locales, el aumento de la criminalidad en los últimos tiempos, nuestras cinco mil cantinas, la baja de la plata; todo, todo lo habíamos agotado ya, dándole mil vueltas y vistiéndolo de mil colores; pero nadie osaba tocar el escándalo del día en que versaban un clérigo encopetado y dos damas de la buena sociedad.

Eso sí que había sido para los periodistas el vellocino de oro; pero, ¡bien nos guardaríamos de pregonarlo!

Nadie, por supuesto, se había revolcado en el fango de que los periódicos están llenos: cada una de las apreciables damas de la reunión y los caballeros todos, pasaban por alto aquellas inmundicias, y no faltó quien se manifestara resuelto a borrarse del *Examiner* si persistía en publicar los pormenores del clerical proceso. El señor Chapell era de este parecer y a su dictamen se adhirieron los contertulios todos.

¡Qué cosas alcanzábamos, señor mío; pero sí qué cosas! Ayer una mujer descuartizada flotando en pedazos en la bahía, un crimen cometido para ocultar otro más inicuo y repugnante que coser a un hombre a puñaladas; luego, el doble parricidio cometido por un joven de buena casa, impaciente por heredar a sus viejos padres; después, las dos muchachas ultrajadas y estranguladas en un templo protestante; y ahora... ¡Ah, bien empleada estaba esa horca que segaba, los más de los viernes, estos campos cubiertos de maleza!

Sin leer las atrocidades que nosotros los noticieros exhumábamos para mantener en los periódicos el escándalo, damas y caballeros lo sabían todo. Porque, es claro, aquello flotaba en el aire; nadie podía taparse los oídos cuando los papeleros voceaban los sucesos del día, ni era cosa de amordazar al chico que conducía el ascensor, ni tampoco había para qué sacarle el bulto al vecino que nos encaraba preguntándonos:

—¿Pero, ha visto usted cosa igual? Yo estoy horrorizado.

A lo que la vecina agregaba:

—Esto me enferma: no quiero ni pensar en ello. Figúrese usted que “ella” tomaba morfina a carretadas y “él” era una cosa atroz...

Y con todo este que te fue y que te vino, no había modo de ignorar ni lo que oyó el juez ni lo que se negó a declarar el acusado, ni la suma más o menos larga que los defensores habían depositado en el banco para sobornar a los jurados.

Pero tales conversaciones, como he dicho ya, no se tenían en casa de la señora de Stevenson sino en diálogos muy cortados y a espaldas de la dueña de la casa. ¡Buena estaba la señora de Stevenson para consentir que su salón se enlodase con tales porquerías! Entre un caballero que llega y dos amigas que se retiran, un pisaverde de veintitantos años que se despepitaba por imitar la apostura gallarda de Oscar Wilde,<sup>3</sup> puso el dedo en la llaga, trayendo a colación el proceso del ministro y comparsa, y relató en un santiamén, casi textualmente, el cuestionario de la audiencia de aquella mañana, a lo cual *miss* Wilson dio feliz solución antes que la señora de Stevenson volviese a ocupar su puesto en el estrado.

La conversación, hábilmente guiada por Bertha, cambió del espinoso rumbo de la chismografía callejera al despejado y límpido de la legislación penal; campo amplísimo en que la inteligente dama expresó hermosas utopías que todos tragamos saboreándolas como una delicada golosina. Desde Licurgo hasta Lombroso pasaron en desfile por aquel pico de oro legisladores y filósofos; y los casos y las pruebas de la inutilidad de la pena de muerte se menudearon en forma más o menos anecdótica, siempre conmovedores, patéticos y llenos de interés. Una señora histérica se emocionó a tal grado que hubo que darle a oler

---

<sup>3</sup> Oscar Wilde (1854-1900) viajó en 1882 a Estados Unidos y Canadá para impartir un ciclo de conferencias. *The Wasp*, un periódico de San Francisco, California, publicó el 31 de marzo el artículo “The Modern Messiah”, en el cual ridiculizó a Wilde y la *Sunflower Aestheticism*. Véase <<http://www.sfmuseum.org/hist5/wilde1.html>>.

sales, pues no había dejado de hacer pucheros durante la peroración, y nos anunció que no tardaría en desmayarse.

Nadie había mencionado a los ahorcados de aquel día; los que yo había visto subir a la trampa, y luego, con el gorro negro, caer...

Instigado por el mozalbete petulante que se obcecó en interrogarme, exclamé sin pensar casi en lo que decía:

—¡Qué valor, qué serenidad, qué sangre fría! Sobre todo, la del inglés; ése sí que supo enseñarnos a morir.

*Miss Wilson* me paró el golpe interrumpiendo:

—¡Oh! La flema británica... Los ingleses son máquinas que comen: desventaja que no los recomienda en los tiempos que corren, económicamente hablando, por supuesto. Por lo demás, ya hemos visto que son conquistadores y tercos por añadidura. Poseen la mitad del mundo y corren en pos de la otra mitad para conquistarla a mordiscos, si es que pueden hacerlo con la boca cerrada y sin ajarse el traje de etiqueta.

—No están fuera de la humanidad —replicó la señora de Stevenson. Me los figuro tan capaces del heroísmo y del crimen como a los demás hombres. Eso que por característico se tiene en los pueblos, entiendo que es más bien influencia de clima y de medio ambiente, que de educación y de raza. Trasplantad a los hombres como a los vegetales y tendréis otras especies modificadas por la asimilación de elementos extraños a su naturaleza. El inglés de las islas británicas no tiene nada de común con el inglés de las colonias, como el colono de América en nada se asemeja al colono de India. Una misma bandera, una misma patria; pero eso no es más que convencionalismo puro; vamos, que nadie quiere dar su brazo a torcer en aquello del patriotismo. En este país cosmopolita todos



los hombres se adaptan al medio en que viven, y por lo mismo, marchan unidos al progreso y a la riqueza por el mismo camino: economía y trabajo.

—Yo no digo que no —respondió *miss* Wilson—, pero se dan casos que desmienten la regla. Bueno... las excepciones, es claro; pero lo que no tiene quite es darse uno de boca contra una excepción. Ciertamente es que a este estercolero del mundo nos vienen unas muestras... Deberíamos vivir en constante exhibición.

—Vamos, me dirán ustedes que los alemanes son aquí filósofos, músicos, poetas. En una palabra, ¿hay por acá esos sabios que nos dejan con la boca abierta cuando la emprenden con las ciencias exactas? Díganme ustedes dónde están los lienzos de nuestros pintores, dónde nuestras esculturas, dónde nuestra música, dónde nuestras obras docentes. Y contamos los alemanes por millones; pero éstos, como los criollos, abren surcos a máquina, y lo propio hacen el italiano y el francés, el holandés y el sueco.

—Tenemos poder absorbente —agregó el señor Chapell— y damos con la hospitalidad, al extranjero, nuestro ejemplo de honradez y trabajo, imprimiéndole nuestro sello inmortal de grandes y libres.

—Pues con todo, a Inglaterra nada se le da, y sus súbditos siguen tan campantes con sus ideas monárquicas, su ambición de oro para apuntalar sus viejos castillos señoriales que ya se desmoronan... Y tienen, como siempre, la misma flema, y... hasta aquella limonadita que corre por sus venas... ¡Ah, qué rico refresco si pudiéramos beberles la sangre!

*Mister* Chapell, tan circunspecto como nunca lo estaba en los sitios donde yo lo había conocido, se sentía ya con el cerebro exhausto; el obligado tema de la temperatura y las plagas sociales le había vaciado el magín; mas no queriendo darse por vencido, se aventuró a terciar en la conversación para sacar a relucir lo que quedaba inédito de su

literatura, pepenada en diarios y revistas, únicos impresos en que solía picotear los frutos del saber, a solas, en su cuarto de célibe. Por fin dijo entre dos suspiros:

—¡Ay, señores, los ingleses tienen mucha suerte en América: se llevan nuestro oro y nuestras mujeres ricas! Incontables son los nobles arruinados que se han alzado con el matrimonio, cuando menos, medio millonaje... Y la verdad es que, en buen derecho, las herederas nos deberían pertenecer a nosotros, los de casa. ¡Ay, sí, sí...!

Y cerró los ojos sin concluir la frase, como lo hacía en el salón de fumar del club cuando se desquijaraba por tirar humo de un habano contrahecho, “por manos blancas”, como se dice por acá, apurando muy pulcramente a medios vasos, botella tras botella de *whiskey* de la marca más prestigiada en el mercado.

—Ellas tienen la culpa en todo caso: dan su hermosura, sus millones y tal vez su felicidad por maridos como el príncipe de... el conde de... y lord... —Aquí George Wallace, el gomoso lampiño que pretendía parecerse a Oscar Wilde, acariciándose la barba sedaña y empolvada de velutina, mentó dos o tres títulos europeos que todos conocíamos por sus escándalos en la ciudad, añadiendo:

—Nosotros trabajamos hasta en la vejez y esos señores ingleses nos acechan como piratas y nos roban a cara descubierta.

—¡Exageración, exageración! ¿Qué han de hacer los pobres si nosotras los amamos de veras? ¡Pues no, sino que nos habían de rechazar con millones y todo! ¿Habría alguno de ustedes que se asustara porque una inglesa hermosa le trajera con su mano, apellidos ilustres y títulos de nobleza?

A tal pregunta de la señora de Stevenson, *miss* Bertha respondió:

—¿Si no fuera más que eso! Pero el hecho es que los ingleses no tienen corazón o si lo tienen lo guardan en el arca mientras vuelven de América. Vaya, una prueba al canto: ¿Se acuerda usted de Alma Hyer, querida mía?

—Sí que me acuerdo. No era hermosa en verdad; muy lejos de ello, pero generosa y noble y abnegada hasta donde más no se pueda. No he vuelto a verla desde que, para casarme, salí de la oficina de *mister* Holmes donde ambas éramos tenedoras de libros. Más de doce años hace ya. Salí para Europa y a mi regreso, muchas amigas me visitaron; en cuanto a Alma, como si se la hubiera tragado la tierra.

—¿Oh!, la pobre vive al sur de la ciudad con unos parientes y lleva los libros en una licorería de los suburbios. Viene poco al centro y rara vez paga visitas.

—¿Es infeliz?

—No sabría decirlo: hace mucho ya que no habla de eso; pero encontré en su camino algo que... Vaya, oigan ustedes y decidan después. Vale que no se trata de ningún secreto, porque él o lo dijo todo o permitió que la gente se lo leyera en la frente, que no en el corazón, pues lo que es corazón...

—¿Qué fue, pues, Bertha?

—Alma, usted lo ha dicho, no era hermosa ni de fisonomía atrayente. Tímida, por lo general, y reservada, a veces tenía osadías que pasmaban, porque ante todo, ser sincera y enseñar hasta la última celdilla de su cerebro y el más recóndito pliegue de su corazón, era para ella como un deber. En eso estuvo la equivocación. De ser recelosa e hipócrita, al menos nadie habría sabido el suceso; pero, ¡vayan ustedes a fiarse de la discreción de un hombre cuando la vanidad está de por medio!

”¿Cómo fue que Alma conoció a *mister* Reginald Morton? Creo que en casa de una amiga, en el campo, durante unas vacaciones. Él era empleado en un banco y como la

mayor parte de los empleados en los bancos, era inglés. Guapísimo, amiga mía, lo mejor de lo mejor como decimos por acá; inteligente, hermoso y fino hasta la cortesía más refinada; frío como todo el hielo que cae durante un siglo en la vieja Albión.

”Pasada la estación campestre, cada uno fue regresando a la ciudad a ocupar de nuevo su puesto en la dura banqueta de la lúgubre oficina, y a pasarse las horas alegres del día trazando números sin fin, en los librotos de par en par abiertos bajo esos focos eléctricos que despedazan las retinas.

”Al principio las visitas de Morton a *miss* Hyer fueron bastante escasas; uno y otra solían encontrarse camino del restaurante, a la hora de almorzar; se sonreían y cada cual a su negocio, murmurando un ‘adiós’ soltado de prisa y con suma indiferencia.

”Él, en realidad, no tenía tiempo de que disponer para sí propio: las labores del banco, con ser de una monotonía desesperante, había que sacrificarles todas las horas de luz. Para las de la noche quedaban el ejercicio, la gimnasia, la natación y, cuando sobraba tiempo, el club, el teatro, los amigos, la sociedad en fin y la vida.

”Para las existencias que se deslizan en el ocio y en los placeres, a la acariciadora luz de un sol rojo y fecundo, cuando se bebe a pasto aire bien oxigenado, ni los ejercicios corporales ni las excursiones campestres son de rigor para reparar el vigor orgánico; pero entre nosotros, el trabajo es potro a que estamos condenados a perpetuidad y éste nos aniquila. ¡Y ya saben ustedes lo que podemos esperar del sol de San Francisco! Me río yo de los calabozos de la Edad Media cuando me cortan la respiración, el tufo de los caloríferos a vapor y el aire infecto de los almacenes subterráneos.

”Resumidas las habituales tareas, *miss* Hyer y Morton se fueron estrechando sin saber cómo, hasta llegar a ser amigos íntimos. ¡Sobre que no había noche de Dios en que el inglés dejara de pasar una hora al lado de su amiga, con este o con el otro pretexto! Alma,

aunque tenía padres, se lamentaba de ser sola en el mundo: divorciados aquéllos desde muchos años atrás, habían vuelto a contraer segundas nupcias —primero ella que él— y ambos formaban separadamente hogar, en diferentes pueblos del país. La hija única se halló pues independiente, o por mejor decir, abandonada a los diecisiete años; y desde esa época desempeñaba la plaza de tenedora de libros en la misma casa de comercio, viviendo en pupilaje con unos viejos parientes de regular pasar, que atendieron a la desamparada criatura con paternal solicitud.

”En casa de esas buenas gentes fue donde Reginald Morton y Alma Hyer leyeron juntos en los mismos libros y presenciaron a través del mismo vidrio de la ventana los atrevimientos de tres dinastías de gorriones que se cruzaban en la banqueta con los transeúntes o jugaban a las escondidillas entre los ramos de las acacias alineadas al frente de la calle. Morton, con toda la dignidad de los hombres de su alcurnia, se desmoronaba en amables pero frías atenciones por la dama, abriendo, tal vez sin querer, en el corazón de la infeliz un surco desmedido. Así corrieron los meses de tres años hasta que por fin Alma llegó a caer en la cuenta de que llevaba estampada la imagen de Morton en los corpúsculos de su ser, y que ya era tarde para oponerse a que él se adueñase de todo su albedrío si así le venía en voluntad hacerlo.

”A decir verdad, no era la primera ocasión que Alma se inclinaba al concierto de otro ser; pero sus sensaciones habían hasta entonces sido muy pasajeras, porque en su corazón noble y afectuoso no era bastante la reciprocidad en el amor; sentía como una imperiosa necesidad de rendirse solamente a un hombre superior en quien resaltaran cualidades morales que ella se habría esforzado en imbuirse. Abrigaba un anhelo de perfeccionamiento del que nunca llegaba a satisfacerse, pues a medida que su espíritu iba

elevándose, a la callandita, nuevos deseos de mayor progreso la asaltaban, quedando siempre el ideal flotando ante sus ojos, pero lejos, muy lejos del alcance humano.

”Con todo, no se dejaba arrastrar por el viejo camino del idealismo erótico; dábase clara cuenta de lo que era el amor, de sus fines y de sus goces rápidos, no admitiendo el matrimonio como medio sino como punto de término; y para ello creía preciso que el compañero que se elige para compartir la existencia, fuese tal, que al mitigarse los ardores sensuales por la posesión o por la huida de la juventud, pudieran perdurar la noble estimación y el respeto mutuos, como únicos y verdaderos lazos de la familia. Si los atractivos femeniles eran en Alma tan insignificantes que escaparan a la observación más sutil, mujer más ingenua y bondadosa no hubiera podido crear Dios. Su gran espíritu remachado de energía, y su corazón, abierto y anheloso por inspirar una vehemente pasión, no quedaban escondidos ni a los ojos de aquellos obcecados en encontrar sólo miserias y borrones en el alma humana.

”Dos o tres veces Alma había probado las mieles del amor, pronto diluidas en excesos imaginativos y agotadas después, por no hallar el ideal soñado. Adorar admirando, ennoblecerse, dignificarse, sentirse impulsada hacia el bien, eso, eso era el mito tras del cual su afán corría sin darle alcance; no cabían en su espíritu recto, ni el pensamiento venal ni el sensualismo impuro, sino como un mero accidente de la vida a dúo entre las especies, siendo la cabal unión psíquica y la armonía moral, el punto donde ella estribaba la razón y la dicha de vivir. Mas la voluptuosa sensación de la reciprocidad en el concepto del amor era reclamada como un estimulante para el sacrificio y como un lenitivo para el malestar, que en los organismos intactos van dejando las ansias carnales no satisfechas.

”En la Antigüedad, *miss* Hyer hubiera hallado su ideal en el gladiador, como en el guerrero en la Edad Media o en el hombre docto en los tiempos modernos; pero en estos

días angustiosos de un siglo que presume de haberlo alcanzado todo, cuando ella había cumplido más de treinta años en soledad contemplativa y sentía esterilizarse en el aislamiento lo mejor y más maduro de su existencia, no hubiera podido rendir su voluntad, sino ante un hombre valioso de veras: un escogido del Señor, de esos que comprenden los dolores humanos y los alivian y los consuelan. ¡Qué refrigeradora alegría la de compadecer a la pobre humanidad, enferma de la carcoma del desaliento!

”Y aquí vuelvo a decir, que en eso estuvo el mal. El amor, más que ciego, es imbécil; así es que Alma creyó encontrar el ideal soñado en Reginald Morton, y lo peor fue, que nunca llegó a comprender qué lejos estaba el inglés de aquellos nobles sentimientos. Aunque tácitamente fue conformando su dócil albedrío al de su amigo, llegó un día en que ella se aventuró a hacer una minuciosa inquisición en el fondo de su pecho, y encontró en él muy acurrucadito al flemático mozo, hecho un dueño y señor de todo su ser. ¡Y qué día tan triste el de tales indagaciones! Llovía menudamente, y el viento quejumbroso con que empezaba a inaugurarse las tempestades del invierno, hacía retemblar los cristales de la ventana con monótono tic-tac, y a través del rayado oblicuo de la lluvia, se veían flotar tristemente los lazos de un fúnebre moño que, fijo en el exterior de la puerta de una casa vecina, anunciaba la presencia de un cadáver de cuerpo presente. Personas de rostros afligidos entraban y salían a la casa del difunto; muchas llevaban artísticas piezas de flores figurando lirias, anclas, corazones o cruces. En una que representaba una losa sepulcral, había figurada con *daffodils*, esas florecillas que sólo viven tres semanas, la siguiente inscripción: ‘¡Hijo mío!’ Aquel hijo de veinte años, arrebatado por la consunción, era el único de una pobre viuda, que se miraba en el pedazo de sus entrañas. En un rincón del pórtico, el perro del que había traspasado los umbrales de la vida, dormitaba arrinconado y

a ratos lanzaba aullidos lastimeros. Era la hora de ponerse el sol, pero ¡ay!, el sol no había aparecido por el cielo en los últimos tres días.

”Durante la velada, Alma creyó descubrir en su amigo, no sé qué de tierno, en que jamás había reparado antes. Atraía en verdad la amabilidad cadenciosa de Morton, aun a los caracteres más agrios; había nacido para seducir corazones, y sin esforzarse, avasallaba. Alma se había dado por vencida y gozaba en su esclavitud. La lectura de esa noche fue en su mayor parte consagrada a Tennyson, el poeta favorito de Morton, quien recitaba dulcemente:

Nay, dearest, teach me how to hope,  
Or tell me how to die.<sup>4</sup>

”Y ¡oh contraste!, la tristeza de aquella tarde sin sol, crepúsculo brumoso en que la muerte visitaba las cercanías, en el corazón de Alma resonaba una música misteriosa, una bandada de pájaros que saludaban la llegada de la diosa primavera. ¡Qué importan todos los dolores de la vida a un corazón repleto de amor! Gratas fueron desde entonces las veladas del invierno cerca del fuego alegre, discutiendo acaloradamente o comentando un buen libro, del que quedaba siempre un punto a consultar, para la noche siguiente. A veces las controversias eran sociales o religiosas, gastándose en ellas más sentimentalismo que erudición. Alma se complacía en quedar vencida por su inteligente adversario, el cual se manifestaba adorable en su comedimiento y pulcritud aristocrática, aunque siempre glacial sin afectación.

---

<sup>4</sup> Alfred Tennyson (1809-1892), “Nay, la más querida, enséñame cómo esperar / o dime cómo morir”. Los versos citados (9-10) pertenecen al poema “The Skipping-Rope” (1842). Véase <<http://www.fullbooks.com/The-Early-Poems-of-Alfred-Lord-Tennyson10.html>>.



”La dulzura y la cortesía tranquila y correctísima de Reginald enfermaban de frío, si se estaba en capacidad de no dejarse arrebatar por sus encantos personales, y se le juzgaba serenamente desde un punto de vista exento de preocupaciones.

”Sucedió que una tarde de cuaresma, al ponerse el sol radiante y magnífico en la inmensidad del océano, los dos amigos frente a la ventana, encuadrada en clemátides trepadoras, veían acostarse al astro lleno de majestad, como un verdadero rey de la creación. Las campanas de un lejano templo católico mandaban sus melancólicos sonidos, a través de la calma de la tarde, hasta aquella casita encaramada en la meseta de una loma, nido en la actualidad de purísimas y blancas ilusiones. Reginald cerró súbitamente el libro y dijo:

”—¿Qué significa ese doliente son en las iglesias romanas?

”—Esas campanas convocan a los fieles a rezar el rosario y a confesar sus pecados.

”—¡Confesar...! ¿Y de qué sirve el confesar? ¿Qué puede importar a un desconocido lo que hacemos y lo que sentimos?

”—Eso, amigo mío, paganamente hablando, sirve de gran consuelo. Confesar es aliviar el pecho de un dolor que corroe; es compartir con otro la carga que nos abruma, es pedir a la experiencia un consejo; es suplicar a una voz amiga que nos acaricie y nos consuele... ¡Tristes de aquellos que no hallan en el mundo un hombro donde reclinar la cabeza y llorar a mares!

”—Pues, paganamente hablando, eso puede tenerse fuera del templo, sin oír toques lúgubres que inundan de tristeza. La intervención de los extraños en los secretos de familia, juzgo que destruye el hogar. Suponga usted que marido y mujer confiesan con el mismo sacerdote, que ambos le enteran de lo más recóndito; ¿qué queda, pues, de la santidad del hogar?

”—Si los secretos de los dos no son delitos, nada tienen que confiar al sacerdote; si lo son, ¿dónde está la santidad violada? Donde hay adulterio no hay hogar, donde hay engaño no existen sino la miseria y el pecado. Un confesor es un amigo y nada más.

”—Pues bien, todo aquel que tiene amigos puede confesar y ser consolado. ¿Usted, ha confesado alguna vez?

”—¿En el templo?... Sí.

”—¿Y en el seno de un amigo?

”—Jamás he creído encontrar uno a quien decirle cara a cara mis faltas sin meterle espanto.

”—¿Muchas iniquidades, Alma?

”—Quizá. O muchas desdichas.

”—A ver: yo soy su amigo y estoy dispuesto a oírla en confesión...

”—¿Y a consolar y a perdonar también?

”—A consolar y a perdonar también.

”—Desdichas, una sola: amar mucho.

”—¿Y las iniquidades, Alma?

”—Una sola también: decírselo a usted.

”—Amar... ¿A quién? La confesión entera...

”—Y franca y leal. A usted...

”Un rayo que repentinamente hubiera rasgado el azul del cielo en clarísima noche de luna, no habría causado en la naturaleza asombro igual al que la irreflexiva confesión de Alma en el orgullo de Morton, quien, no obstante la tirantez de la situación, salió del embarazo con su habitual sangre fría. Mantúvose sereno y sonriente por algunos instantes; luego se levantó rítmicamente y en el más dulce tono respondió:

”—Pues, olvídeme usted, señorita. ¿Cuánto tiempo necesita usted para olvidarme?

”Fue un latigazo descargado en carne viva. Ella al pronto quedó muda; después balbuceó algunas excusas, y ya con la fiebre de la vergüenza, rompió a hablar con la locuacidad del delirio. ¡Qué sarta de tonterías echó por aquella boca sin el freno de la razón! Habló la desdichada de un hilo, llegando a pensar que hasta los gorrioncitos que tan ricamente picoteaban las azules clemátides de la ventana, se estarían burlando de ella a más y mejor. El sol continuó hundiéndose en una hoguera de nubes de escarlata y dejó al desaparecer una mancha negra. ¡Escarlata y negro, colores que simbolizaban su vergüenza y el dolor inacabable que se le echaba encima con aniquiladora pesantez!

”Pigmalión en presencia del corazón de mármol de Galatea, tenía al menos el derecho de reducirla a polvo; pero la pobre mujer, qué podía hacer ante aquella roca, ¡qué derecho tenía para amar ni para confiar el inmenso amor que había sido su regocijo y su alegría durante tantos meses!

”A no ser por los largos y silenciosos pasos con que el inglés medía la estancia, se le hubiera creído una estatua soberbia por su actitud arrogante y majestuosa. ¡Era el león acribillado por la furia de los insectos!

”Lo que siguió no puede describirse sin que la garganta rompa en sollozos: Morton, con frases muy pulidas, dio tres o cuatro evasivas a las explicaciones de Alma; frases de esas que no matan, porque la vergüenza y el dolor no matan nunca si a su auxilio no acuden la ruptura de una arteria o el aniquilamiento de una víscera.

”La despedida fue seca y lacónica. Reginald salió y ella no tuvo ni el desahogo de anegarse en lágrimas: las cobardes se habían evaporado de los ojos irritados y resecos. Cuando se halló en su cama para buscar en el benéfico sueño el reparador descanso que tanto necesitaba, destrenzó sus cabellos para arreglárselos como tenía costumbre hacerlo

para dormir, y por la primera vez vio con horror entre la negra mata algunos mechones blancos. Ahora lo comprendía todo.

”Las grandes crisis traen consigo reacciones imponentes. Para Alma, desde la terrible confesión, días y noches fueron sorbos de hiel que apurar sin descanso. El dolor no se conforma con ser insaciable, tiene que ser cruel, que revolcarse en su presa; y si a veces se hace más llevadero es para apretar en su tremendo rigor después. Y a todo esto hay que añadir la buena porción de ridículo con que se flagela al desgraciado cuyo infortunio no depende de una calamidad, de esas que afectan al común. Se deploran en colectividad los estragos de una guerra o de una peste; se compadece al que pierde un deudo querido o a quien por fuerza de la fatalidad cae agobiado por dolencias físicas; pero, ¿qué puede esperar aquel cuya felicidad estriba en un mero detalle que para los otros nada significa? Un corazón que late sin querer, y que sin saber por qué se inclina bajo la mirada magnética de un ser a quien se le es completamente indiferente, no es acontecimiento que por vulgar interese a nadie, y sin embargo, ¿de qué vulgaridades no están hechas la felicidad y la desgracia?

”Bien comprendió Alma que lo mejor era poner fin a su trato con el inglés; pero el ‘qué dirán’, ese eterno censor, la detuvo. Las visitas de Morton fueron menos frecuentes y siempre ceremoniosas y tirantes; aunque muy cohibida, ella aceptó la vergüenza como castigo de su indiscreción y adoptó para recibir a su amigo, la reserva tardía que pudo haberla salvado del sonrojo. ¡Tiempos aquellos en que la confianza ingenua y la estimación respetuosa presidieron las veladas en las noches de invierno! Todo parecía decir adiós en contorno de aquella mujer desolada e inmensamente triste.

”Después de aquella inolvidable tarde de cuaresma, Alma recibió a Reginald como una docena de veces. Cada día más amable y dulce, se arqueaba el mozo ante las damas,

dispuesto a todo servicio, pronto a proteger a los débiles y enclenques seres que no recibieron de la naturaleza privilegios efectivos y a quienes la sociedad exige energías imposibles.

”Venida la estación veraniega, Alma rehusó el permiso de dos semanas de vacaciones que anualmente sus patrones le concedían. La verdad es que no se sentía mal; por el contrario, la sacudida que, de corazón a cabeza la había arrojado en una atonía profunda, de la cual le parecía imposible quedar libre, había en cambio mejorado su sistema: ganaba en carnes de día en día y su color era más uniforme. Ni el más ligero achaque que rebajara su fuerza vital sustrayéndola siquiera por breve tiempo a aquella congoja inacabable. Caer mala de algo doloroso, ¡qué alivio tan inmenso! Abatido el cuerpo por la dolencia, no tendría vigor para sentir ni el torcedor del recuerdo, ni el incentivo de lo imposible, ni el bochorno de la vergüenza. Una calentura... ¡Qué alegría! ¡Qué cosa más sabrosa que el delirio para endulzarse la boca con un nombre querido que no se puede pronunciar en estado de razón sin inspirar lástima o desprecio!

”Resuelta a no salir de la ciudad, esperaba que su amigo viniera a despedirse para ir al veraneo, y así fue. Una noche, serena en lo que cabía y bastante plácida, el mozo vino a pedir a la señorita sus órdenes y a recibir su adiós. Era ordinariamente tan amable que ante sus correctísimos modales desaparecía toda la pena en que Alma quedaba sumida al ausentarse él. Inspiraba confianza por su suavidad y parecía como si mares de indulgencia le brotaran por los poros y le impulsaran a regar sobre los pecadores el refrigerante rocío del perdón. A esta flexibilidad insinuante obedeció la ingenua confesión de Alma, y también que todos sus propósitos de reserva se fuesen a pique en presencia del inglés.

”—Me marcho dentro de cuatro días. Si puedo hacer algo por usted...

”—A Cloverdale, como siempre ¿eh? Ay, el tiempo está hermosísimo allá, según me escriben.

”—Señorita, salgo el 18 para la América Central.

”—¡Ah!...

”Y no dijo más, su lengua estropajosa ensayó en vano una frase de parabién, pero por fin aquélla no quiso o no pudo salir, y resultó esta tontería:

”—¡Lo siento en el alma!

”O Morton no la oyó o tuvo la generosidad de absolverla de la indiscreción. Se habló después de muchas cosas: de la fiebre amarilla que devasta aquellas tierras caldeadas por el sol de los trópicos; de cómo librarse de la plaga de los mosquitos, y otras más. ¿Qué el café era una riqueza?, seguro, el porvenir de Centroamérica, como por aquí se estila decir. ¡Ah!, y las jaulas aquellas para desembarcar en Guatemala, ¡qué miedo causaría verse suspendido en ellas, a muchos pies sobre el mar! Un apretón de manos y adiós. Alma no faltaría a bordo el día de la partida; puesto que había renunciado a las vacaciones, fácil le sería obtener un día de asueto.

”Volando llegó el temido 18, día bochornoso en que el mercurio subió hasta ochenta y dos grados. El calor animaba y convertía en locuaces hasta a las personas más serias y perezosas en el hablar. *Miss Hyer* llegó a bordo del *City of Sydney* muy de mañanita: quería ser la primera en verlo todo. Sentada en la banca de la borda, con la cara vuelta a la mar, se entretuvo largo rato siguiendo el vuelo rampante de las gaviotas que se cortaban el camino en varias direcciones. Había reventazón y, a alguna distancia, el agua estaba gruesa y espumosa remedando un vellón; eso que llamamos *white caps*, que da mareos cuando se fija mucho la vista. Cuando menos lo pensaba, Alma se vio rodeada de un mundo de gente, algunos dispuestos a partir, y los más, acompañantes de los viajeros que iban a decirles

adiós. Los que salían eran en gran número cosecheros hispanoamericanos, muchos de ellos hombres bastos y rudos, que después de haber gastado grandes sumas en parrandeos, volvían al hogar para llegar a tiempo de levantar por sí mismos la nueva cosecha, proponiéndose volver a las andadas el año venidero. Iban cargados de grandes paquetes de golosinas y chucherías compradas a última hora. La carga de exportación parecía no tener fin: ¡cómo aturdían con su rechinado las carretillas del alijo sin dejar oír los encargos y recomendaciones de los que se quedaban y las promesas y reiteros de cariño de los que iban a marchar!

”Morton y sus amigos —los que debían marchar también— habían recibido como regalo hermosos ramilletes, muchos de los cuales les fueron ofrecidos a bordo por las donantes en persona. Más de dos horas tardó en zarpar el vapor y durante ese tiempo no faltaron ni charla festiva ni palabras que sabían a gloria: promesas hechas de corazón como para amortiguar un poco el escozor de la despedida. Cuando se dio el toque a despejo, fue una de besos y de abrazos que emocionaba. ¡Ay, quién sabía a cuántos de los que se marchaban les detendría la muerte en el camino!

”Reginald había dividido atenciones exquisitas y dedicado cumplimientos entre todas las amigas que lo acompañaban a la sazón y para todas tuvo un estrecho apretón de manos y un voto sincero por su dichoso porvenir. Pocos momentos conversó a solas con Alma, manifestándole cuánto placer le causaría hacer algo en servicio suyo. Díjole también, cómo había logrado, por la mediación de un compatriota pudiente, el puesto de tenedor de libros en una hacienda de café donde iba a tener que sepultarse en vida. ¡Qué aburrimiento y qué tristezas le esperaban! ¿Volver a San Francisco? Ni por pienso. Nada tenía él que hacer aquí donde no dejaba familia. Escribir a los amigos, eso sí, pero regresar no era cosa que entrara en sus planes futuros. Si le iba mal pasaría a una colonia británica en América o

regresaría a Europa. Llegó la hora fatal. Millares de gentes dejaban a diario el puerto para jamás volver y Alma, ¡tan fresca!, pero ahora la ausencia de un solo ser le hacía añicos el corazón. Reginald le tendió la mano y Alma dejó caer la suya, desmayada y yerta, soltando la última necesidad:

”—¡Ay, cuánto me duele que se vaya usted para siempre...!

”El inglés nada dijo y se separaron los dos cuando las últimas valijas del correo desaparecieron por la escotilla de la bodega. El gentío todo comenzó a descender y a poco se vio desprender el vapor, arrollando sus cables, con el capitán en la torre, majestuoso y magnífico como un rey del océano.

”Morton de pie junto a la borda, se dejó llevar sin una lágrima, sin un suspiro, sin una mirada siquiera para su compañera de tres años. ¡Y yo no estaba allí para ofrecer mi hombro a la infeliz y suplicarle que llorara a mares!”

—¿Y no se ha sabido más de Morton? —preguntó la señora de Stevenson muy emocionada.

—Sí, se ha casado hace dos meses con la hija mayor de su patrón.

—¡Y para esos hombres no hay una horca...! —exclamé indignado.

—No —respondió *miss* Wilson apaciblemente—, para éstos hay una “finca de café” que acompaña la mano de la desposada.

—¿Y Reginald Morton...?

—Ha recibido la suya, ¡pues no faltaba más...!

*San Francisco California, abril de 1896*